

ESTILOS DE APRENDIZAJE Y SU IMPACTO EN EL RENDIMIENTO ACADÉMICO

DORIS ROCIO SALAMANCA
CÓDIGO ORCID: 0009-0001-2434-4102

e- mail: dorosa1116@gmail.com

Doctorando en Education
Instituto Pedagógico Rural
"Gervasio Rubio" (IPRGR)

CLAUDIA PATRIA BONETT QUINTERO
CÓDIGO ORCID: 0009-0000-1548-9935

e-mail: bonett26@hotmail.com

Doctorando en Education
Instituto Pedagógico Rural
"Gervasio Rubio" (IPRGR)

MARTHA JUDITH JAIMES MOGOLLON

CÓDIGO ORCID: 0009-0004-1152-8254

e-mail: mijim247@hotmail.com

Doctorando en Education
Instituto Pedagógico Rural "Gervasio Rubio" (IPRGR)

Recibido: 09/10/2025

Aprobado: 23/10/2025

RESUMEN

Los estilos de aprendizaje se refieren a las preferencias o maneras habituales en que los estudiantes procesan, comprenden y retienen la información durante su proceso educativo. Estos estilos pueden clasificarse en diferentes categorías, como visual, auditivo, kinestésico, entre otros, y están relacionados con las características cognitivas, afectivas y sociales del alumno. La relación entre los estilos de aprendizaje y el rendimiento académico ha sido objeto de numerosos estudios, dado que comprender cómo cada estudiante prefiere aprender puede ofrecer claves para optimizar las estrategias pedagógicas y mejorar los resultados académicos. Ante ello, se precisó como objetivo del artículo analizar la incidencia de los estilos de aprendizaje en el rendimiento académico de los estudiantes. Para alcanzar tal fin, se utilizará una metodología cualitativa desde un texto tipo ensayo. Es importante analizar cómo la identificación y atención a los estilos de aprendizaje influyen en el rendimiento académico medido a través de calificaciones, retención del conocimiento y habilidades transferidas. Algunos estudios sugieren que la personalización del proceso formativo puede mejorar significativamente el desempeño escolar; sin embargo, otros investigadores advierten que la evidencia empírica no siempre respalda una relación causal directa.

Descriptor: Aprendizaje, estilos de aprendizaje, rendimiento académico.

¹ Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación

² Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación

³ Formación docente en pregrado y postgrado. Desarrollo laboral en el área de la docencia. Doctorando en educación

LEARNING STYLES AND THEIR IMPACT ON ACADEMIC PERFORMANCE

ABSTRAC

Learning styles refer to the preferences or habitual ways in which students process, understand, and retain information during their educational process. These styles can be classified into different categories, such as visual, auditory, kinesthetic, among others, and are related to the cognitive, affective, and social characteristics of the student. The relationship between learning styles and academic performance has been the subject of numerous studies, given that understanding how each student prefers to learn can offer keys to optimizing pedagogical strategies and improving academic results. Therefore, the objective of this article was to analyze the impact of learning styles on students' academic performance. To achieve this goal, a qualitative methodology will be used based on an essay-type text. It is important to analyze how the identification of and attention to learning styles influence academic performance, measured through grades, knowledge retention, and transferred skills. Some studies suggest that personalizing the educational process can significantly improve academic performance; However, other researchers caution that empirical evidence does not always support a direct causal relationship.

Descriptors: Learning, learning styles, academic performance.

Inicialmente, la complejidad y la diversidad que enfrentan los educadores en su labor cotidiana, especialmente en relación con las particularidades de sus alumnos. La heterogeneidad en el aula, que incluye diferencias culturales, sociales, cognitivas y emocionales, exige que los docentes adopten enfoques pedagógicos flexibles y adaptativos para facilitar el proceso de aprendizaje. La comprensión profunda de estas particularidades se convierte en un elemento clave para diseñar estrategias didácticas que no solo transmitan contenidos, sino que también respondan a las necesidades específicas de cada estudiante.

Esteves, et al. (2020) señala que "Frente al aprendizaje los educadores se enfrentan, de manera cotidiana, a las particularidades de sus alumnos para interiorizar los contenidos de las asignaturas y los aspectos propios del contexto" (p.226). Este enfoque reconoce que el aprendizaje no es un proceso uniforme ni lineal; más bien, está influido por múltiples factores contextuales y personales. Los docentes deben ser capaces de identificar y valorar las experiencias previas, intereses y estilos de aprendizaje de sus alumnos para promover una participación activa y significativa. La interiorización de los contenidos, por tanto, requiere un trabajo contextualizado donde el conocimiento se relacione con la realidad del estudiante, facilitando así una mayor motivación y comprensión. En este sentido, el contexto propio del alumno actúa como un puente entre la teoría curricular y su aplicación práctica en su vida cotidiana.

Desde una base teórica, esta postura se alinea con enfoques pedagógicos centrados en el aprendizaje significativo y en la educación inclusiva. La atención a las

particularidades del alumnado implica reconocer la diversidad como una fortaleza y no como un obstáculo. Los docentes deben desarrollar habilidades para crear ambientes educativos donde las experiencias individuales sean valoradas y utilizadas como recursos para enriquecer el proceso formativo colectivo. Esto requiere también una formación continua que permita a los educadores actualizar sus metodologías y ampliar su sensibilidad hacia las distintas realidades presentes en sus aulas.

En un sentido más amplio, Esteves et al. (2020) resalta la importancia de atender a las particularidades del alumnado como un elemento central para lograr una formación integral efectiva. La interacción constante entre los contenidos académicos y los aspectos propios del contexto del estudiante permite no solo mejorar la interiorización del conocimiento sino también promover un desarrollo humano completo. Desde esta perspectiva investigativa, se reafirma que la calidad educativa está estrechamente vinculada a la capacidad del docente para adaptar sus estrategias a las realidades diversas presentes en sus aulas, fomentando así aprendizajes significativos y transformadores.

Asimismo, la interacción entre los contenidos académicos y los aspectos propios del contexto del alumno favorece la construcción de conocimientos contextualizados y relevantes. Cuando los estudiantes perciben que lo aprendido tiene relación con su entorno inmediato o con sus vivencias personales, se incrementa su interés y compromiso con el proceso educativo. Además, esta estrategia contribuye a formar ciudadanos críticos y reflexivos capaces de analizar su realidad desde una perspectiva

integral, promoviendo así una formación que trasciende lo meramente académico para abarcar dimensiones éticas, sociales y culturales.

Desde una visión más amplia, este enfoque también implica que los educadores actúen como mediadores entre el currículo formal y las realidades particulares de sus estudiantes. La tarea no solo consiste en transmitir conocimientos preestablecidos sino en facilitar procesos de construcción conjunta del saber que tengan sentido para los alumnos. Para ello, es fundamental que los docentes desarrollen empatía, sensibilidad cultural y habilidades comunicativas que les permitan comprender e integrar las diversas experiencias del alumnado en su práctica pedagógica. En tal sentido, Villacís et al. (2020) plantea que:

Resulta importante destacar que la interacción entre las características contextuales, el modo de aprender de los estudiantes y el estilo de enseñanza de los docentes en la educación (...) abren un abanico de temáticas y plantea la necesidad de que los docentes conozcan los factores que influyen en la configuración de una enseñanza eficaz. (p.292-293)

Desde lo expuesto, se subraya la complejidad y la interdependencia de diversos factores que influyen en la efectividad del proceso educativo. La interacción entre las características contextuales del entorno, los modos de aprendizaje de los estudiantes y los estilos de enseñanza de los docentes conforma un entramado dinámico que determina en gran medida el éxito o fracaso de las experiencias formativas. Reconocer esta interacción implica que los docentes deben tener un conocimiento profundo no solo de sus contenidos, sino también de las particularidades del contexto en el que se desenvuelven sus alumnos y de las formas en que estos aprenden mejor.

Este planteamiento revela que la enseñanza eficaz no puede ser entendida como un proceso uniforme o rígido, sino como una práctica flexible y adaptativa que responde a las variables presentes en cada situación educativa. La diversidad en los estilos de aprendizaje requiere que los docentes diseñen estrategias pedagógicas variadas y contextualizadas para atender a todos los estudiantes. Además, el conocimiento de las características del entorno social, cultural y económico en el que se encuentran los alumnos permite ajustar las metodologías y recursos utilizados, favoreciendo así un aprendizaje más significativo y pertinente.

En tal sentido, Villacís et al. (2020) se relaciona con enfoques constructivistas y socioculturales del aprendizaje, donde se enfatiza la importancia del contexto y la interacción social en la construcción del conocimiento. La comprensión de cómo diferentes estilos de enseñanza pueden potenciar o limitar el proceso de aprendizaje lleva a promover prácticas pedagógicas diferenciadas y personalizadas. Los docentes deben convertirse en mediadores activos que ajusten sus métodos según las necesidades específicas del alumnado y las condiciones particulares del entorno, promoviendo así una educación más inclusiva y efectiva.

Por otra parte, Pérez (2000) afirma, que “el aprendizaje es toda transformación del organismo que ocasiona un nuevo patrón de pensamiento y/o conducta” (p. 78). Asimismo, entender estos factores como elementos interrelacionados permite identificar áreas clave para la formación docente continua. La capacitación debe centrarse en desarrollar habilidades para diagnosticar las características individuales y contextuales

de los estudiantes, así como en diseñar estrategias didácticas flexibles que puedan adaptarse a esas variables. Este enfoque fomenta una cultura escolar orientada hacia la innovación pedagógica y la mejora constante, donde el conocimiento sobre estos factores se traduce en prácticas más eficaces.

Desde una visión práctica, esta interacción también implica que los docentes actúen como investigadores permanentes dentro del aula, observando y analizando cómo diferentes variables afectan el proceso de enseñanza-aprendizaje. La evaluación diagnóstica continua se vuelve fundamental para ajustar las intervenciones pedagógicas en tiempo real. Además, promover espacios de diálogo con los estudiantes acerca de sus estilos preferidos y sus contextos particulares puede facilitar una mayor participación activa y compromiso con su propio proceso formativo.

Desde la perspectiva de Villacís et al. (2020) se destaca que comprender la interacción entre características contextuales, modos de aprender y estilos de enseñanza es esencial para configurar procesos educativos efectivos. La formación docente debe orientarse hacia el desarrollo de competencias para identificar estas variables e implementar estrategias adaptadas a ellas. Solo mediante este conocimiento integral será posible crear ambientes educativos inclusivos, motivadores y capaces de responder a la diversidad inherente a cualquier comunidad escolar, logrando así una educación verdaderamente significativa y transformadora. En un sentido más amplio, Cobb (2018) plantea que:

Los nuevos desafíos a los que hay que enfrentarse en los actuales momentos, exigen casi un desaprendizaje de las acostumbradas estrategias y concepciones; requiere de la evolución a modelos pedagógicos más dinámicos, así como flexibilizados; y sobre todo a la reflexión en torno a los procesos técnico-pedagógicos que se aplican en el aula, que obligan al conocimiento de todos los involucrados en la experiencia de aprender (p. 49).

Desde lo expuesto por el autor, se resalta la necesidad imperante de transformar las prácticas pedagógicas tradicionales para responder a los desafíos contemporáneos en la educación. La idea de un "desaprender" implica que los docentes y otros actores educativos deben cuestionar y dejar atrás concepciones y estrategias arraigadas que, aunque hayan sido efectivas en contextos pasados, pueden resultar insuficientes o inadecuadas frente a las demandas actuales. Este proceso de desaprendizaje es fundamental para abrir espacio a modelos pedagógicos más flexibles, innovadores y adaptativos que puedan atender a la diversidad de necesidades, intereses y ritmos de aprendizaje presentes en las aulas contemporáneas.

Este planteamiento también señala que la evolución hacia modelos pedagógicos más dinámicos requiere una reflexión profunda sobre los procesos técnico-pedagógicos implementados en el aula. La reflexión crítica permite identificar qué prácticas favorecen realmente el aprendizaje significativo y cuáles limitan la participación activa del estudiante. En este sentido, el conocimiento compartido entre todos los involucrados se vuelve esencial para construir ambientes de aprendizaje más inclusivos, participativos y contextualizados. La colaboración y el diálogo son herramientas clave para repensar y mejorar continuamente las estrategias didácticas.

La visión planteada, se relaciona con enfoques constructivistas y socioformativos que promueven la autonomía del estudiante y la adaptación constante del proceso educativo a las realidades cambiantes. La flexibilidad en los modelos pedagógicos no solo implica variar metodologías sino también fomentar una cultura de innovación y apertura al cambio dentro de las instituciones educativas. La formación docente debe centrarse en desarrollar habilidades para reflexionar críticamente sobre sus prácticas, experimentar con nuevas estrategias y aprender de los errores como parte del proceso de mejora continua.

Asimismo, el énfasis en el conocimiento de todos los involucrados en el proceso de aprender refuerza la importancia del enfoque colaborativo y participativo en la educación. Cuando docentes y estudiantes comparten un entendimiento común sobre los objetivos, métodos y expectativas del proceso formativo, se favorece un clima de confianza y compromiso mutuo. Además, esto facilita la personalización del aprendizaje, permitiendo que cada alumno construya su propio camino con apoyo adecuado, mientras que los docentes ajustan sus intervenciones según las necesidades emergentes.

Desde una perspectiva práctica, estos desafíos exigen que las instituciones educativas promuevan espacios de formación continua para sus docentes enfocados en metodologías innovadoras y reflexivas. También implica promover comunidades de práctica donde compartir experiencias, analizar resultados y co-crear soluciones sea una rutina habitual. La incorporación de tecnologías digitales puede ser un aliado estratégico

en este proceso, facilitando recursos flexibles e interactivos que respondan a diferentes estilos de aprendizaje.

Lo planteado por Cobb (2018) invita a repensar profundamente las concepciones pedagógicas tradicionales mediante un proceso consciente de desaprendizaje e innovación. La transformación hacia modelos pedagógicos más dinámicos requiere no solo cambios metodológicos sino también una cultura institucional abierta al cambio permanente. Solo así será posible afrontar con éxito los desafíos actuales del sistema educativo, promoviendo aprendizajes significativos que preparen a los estudiantes para un mundo en constante cambio donde el conocimiento debe ser flexible, colaborativo y reflexivo.

En el mismo orden de ideas, resalta la necesidad mencionar a Keefe (2008) quien propone una definición de estilos de aprendizaje refiriendo que: “son los rasgos cognitivos, afectivos y fisiológicos que sirven como indicadores relativamente estables, de cómo los discentes perciben, interaccionan y responden en sus ambientes de aprendizaje” (p.48). La definición planteada aporta una visión integral y multidimensional que permite comprender cómo los estudiantes interactúan con su proceso formativo. Al señalar que estos estilos comprenden rasgos cognitivos, afectivos y fisiológicos, se reconoce que el aprendizaje no es un proceso homogéneo ni uniforme, sino que está influido por diversas características internas y externas del individuo. La estabilidad relativa de estos rasgos indica que, aunque pueden variar en cierta medida con el tiempo

o en diferentes contextos, tienden a ser patrones consistentes en la forma en que los estudiantes perciben, interactúan y responden ante las situaciones de aprendizaje.

Este enfoque resalta la importancia de entender las diferencias individuales para diseñar estrategias pedagógicas más efectivas y personalizadas. Los rasgos cognitivos pueden incluir preferencias en la forma en que se procesa la información, como el uso de imágenes o palabras; los afectivos están relacionados con las motivaciones, intereses y actitudes hacia el aprendizaje; mientras que los fisiológicos hacen referencia a aspectos biológicos o sensoriales que influyen en cómo se recibe y procesa la información. Reconocer estas dimensiones permite a los docentes adaptar sus metodologías para facilitar un aprendizaje más significativo y ajustado a las necesidades particulares de cada estudiante.

Según Keefe (2008) esta conceptualización se alinea con enfoques constructivistas y diferenciados del aprendizaje, donde la atención a las características individuales es fundamental para promover la autonomía y el éxito académico. La identificación de estilos de aprendizaje puede facilitar intervenciones pedagógicas específicas, como el uso de recursos visuales para aprendices visuales o actividades kinestésicas para aquellos con preferencia motriz. Sin embargo, también plantea desafíos respecto a la necesidad de evitar etiquetas rígidas y promover una enseñanza flexible que pueda atender a múltiples estilos simultáneamente.

Asimismo, comprender los estilos de aprendizaje como indicadores relativamente estables implica que estos patrones pueden ser utilizados para orientar la planificación

curricular y las prácticas docentes. La evaluación diagnóstica sobre los estilos predominantes en un grupo puede ayudar a seleccionar estrategias variadas que beneficien a todos los estudiantes. Además, esta comprensión fomenta una mayor empatía por parte del docente hacia las diferencias individuales, promoviendo ambientes educativos inclusivos donde cada alumno tenga oportunidades para aprender según sus propias características.

Desde una perspectiva práctica, la definición de Keefe (2008) invita a implementar programas de formación docente enfocados en el reconocimiento y la adaptación a diversos estilos de aprendizaje. También sugiere la importancia de promover metodologías activas y diversificadas que puedan responder a estas variaciones sin limitarse a un único estilo dominante. La incorporación de tecnologías educativas interactivas puede facilitar experiencias multisensoriales que aborden diferentes rasgos cognitivos, afectivos y fisiológicos simultáneamente.

Por tal motivo, Keefe (2008) contribuye significativamente al entendimiento del fenómeno del aprendizaje al ofrecer una visión holística basada en rasgos relativamente estables que influyen en cómo los estudiantes perciben e interactúan con su entorno educativo. Reconocer estos estilos permite diseñar prácticas pedagógicas más inclusivas y efectivas, favoreciendo procesos formativos donde cada alumno pueda desarrollar su potencial desde sus características particulares. Desde esta óptica investigativa, promover el conocimiento sobre los estilos de aprendizaje es fundamental para avanzar

hacia una educación más personalizada y centrada en el estudiante. Según Honey y Mumford (2012) describieron:

los estilos de aprendizaje como activo reflexivo teóricos y pragmáticos. Estudiar los estilos de aprendizaje posibilita al individuo concientizarse sobre su preferencia de asimilar el aprendizaje, observando y analizando los mecanismos utilizados en dicho proceso; así como lo que ha aprendido o lo que le falta por aprender (p. 71)

Desde una perspectiva más amplia, la descripción de los estilos de aprendizaje como activos, reflexivos, teóricos y pragmáticos ofrece un marco útil para comprender cómo los individuos abordan y procesan la información en contextos educativos. Al categorizar estos estilos, se reconoce que cada persona tiene preferencias distintas en la manera en que asimila conocimientos, lo cual influye en su motivación, participación y efectividad en el proceso de aprendizaje. El enfoque en estudiar los estilos de aprendizaje como una vía para que el individuo tome conciencia de sus propias preferencias es fundamental desde una perspectiva pedagógica. La autorreflexión acerca de qué mecanismos utiliza para aprender permite a los estudiantes identificar sus fortalezas y áreas de mejora. Este proceso de autoconciencia favorece la autonomía del aprendiz, ya que le ayuda a diseñar estrategias más efectivas y adaptadas a sus necesidades particulares.

Desde una base teórica, esta clasificación se relaciona con enfoques constructivistas y metacognitivos que promueven la reflexión sobre el propio proceso de aprendizaje. La capacidad de observar y analizar cómo se aprende no solo aumenta la motivación intrínseca, sino que también fomenta habilidades metacognitivas esenciales

para el aprendizaje permanente. Además, reconocer qué conocimientos ya se han adquirido y qué aspectos aún requieren atención ayuda a establecer metas claras y a planificar acciones concretas para completar el proceso formativo. Desde una perspectiva práctica, entender estos estilos permite a los docentes diseñar experiencias educativas diversificadas que puedan atender las diferentes preferencias del alumnado. Por ejemplo, quienes tienen un estilo activo pueden beneficiarse de actividades participativas; los reflexivos pueden preferir momentos de análisis individual; los teóricos valorarán estructuras lógicas y conceptos bien fundamentados; mientras que los pragmáticos responderán mejor a aplicaciones prácticas y resolución de problemas reales.

Asimismo, promover la conciencia sobre los propios estilos de aprendizaje puede facilitar estrategias de autorregulación y motivación. Los estudiantes que comprenden sus mecanismos preferidos están mejor preparados para ajustar sus métodos cuando enfrentan dificultades o nuevos desafíos académicos. Esto también puede contribuir a reducir frustraciones o desmotivación al ofrecerles herramientas para gestionar su proceso formativo con mayor autonomía. La propuesta de Honey y Mumford (2012) resalta la importancia de estudiar los estilos de aprendizaje no solo como una clasificación estática sino como un proceso reflexivo que empodera al estudiante. La posibilidad de observar y analizar sus propios mecanismos de aprendizaje favorece un enfoque más consciente, estratégico e inclusivo en la educación. Desde una visión investigativa, integrar esta comprensión en las prácticas pedagógicas puede potenciar el

desarrollo integral del alumno, promoviendo aprendizajes más efectivos y significativos adaptados a sus características individuales. Por otra parte, se tiene la definición de Pizarro (2017) quien define al Rendimiento Académico como:

una medida de las capacidades respondientes o indicativas que manifiestan, en forma estimativa, lo que una persona ha aprendido como consecuencia de un proceso de instrucción o formación; y, por otro, desde una perspectiva del alumno, define el Rendimiento Académico como la capacidad respondiente de este frente a estímulos educativos, susceptible de ser interpretado según objetivos o propósitos educativos preestablecidos (p. 58).

Sobre el rendimiento académico puede entenderse como una doble dimensión que abarca tanto la medición del aprendizaje logrado como la capacidad del estudiante para responder a los estímulos educativos. En primer lugar, al considerarlo como una medida de las capacidades respondientes o indicativas, se reconoce que el rendimiento es un reflejo estimado de lo que el alumno ha internalizado y asimilado a través del proceso de instrucción. Este enfoque subraya la importancia de evaluar los resultados del proceso educativo en términos de conocimientos, habilidades y competencias adquiridas, permitiendo así una valoración objetiva del impacto de la formación.

Por otro lado, desde la perspectiva del alumno, el rendimiento académico se concibe como su capacidad respondiente frente a estímulos educativos, lo cual implica que el rendimiento no solo depende de las capacidades innatas o adquiridas, sino también de cómo estos estímulos son interpretados y procesados por el estudiante. Esta visión resalta la interacción dinámica entre el individuo y su entorno de aprendizaje, donde las respuestas del alumno están influenciadas por sus motivaciones, estrategias

cognitivas y contextos personales. La interpretación de estos estímulos puede variar según los objetivos o propósitos educativos preestablecidos, lo que introduce un componente subjetivo en la evaluación del rendimiento.

Desde una perspectiva teórica, esta doble conceptualización permite comprender el rendimiento académico como un fenómeno complejo y multifacético. La primera dimensión se relaciona con los aspectos cuantitativos y objetivos del aprendizaje medido mediante pruebas o evaluaciones estandarizadas; mientras que la segunda enfatiza los procesos internos y subjetivos que determinan cómo el alumno enfrenta y responde a las demandas educativas. La integración de ambas dimensiones es fundamental para obtener una visión holística del desempeño estudiantil, ya que no basta con medir solo los resultados visibles sino también entender las capacidades internas y las interpretaciones que hacen los estudiantes sobre su propio proceso. En el mismo orden de ideas Himmel (1985) habló de “Rendimiento Escolar o Efectividad Escolar como el grado de logro de los objetivos establecidos en los programas oficiales de estudio” (p. 63).

Asimismo, esta definición invita a reflexionar sobre la naturaleza de las evaluaciones en educación. Si bien las mediciones objetivas ofrecen datos sobre lo aprendido, también es crucial considerar cómo los estudiantes perciben y responden a esas evaluaciones en función de sus propósitos personales y metas educativas. La interpretación subjetiva puede influir en su motivación, autoconfianza y compromiso con el aprendizaje. Por ello, un enfoque integral del rendimiento debe incluir tanto indicadores

externos como internos para comprender verdaderamente el nivel de desarrollo académico y personal del estudiante.

Esta dualidad plantea desafíos metodológicos importantes. Es necesario diseñar instrumentos que puedan captar no solo los resultados cuantitativos sino también las percepciones, actitudes y estrategias empleadas por los alumnos frente a diferentes estímulos educativos. Además, se requiere explorar cómo estas respuestas varían según variables contextuales como el entorno socioemocional, cultural o pedagógico. La comprensión profunda del rendimiento académico en ambas dimensiones puede facilitar intervenciones más efectivas y ajustadas a las necesidades individuales.

Por tal motivo, Pizarro (2017) señala que esta conceptualización enriquecida del rendimiento académico tiene implicaciones prácticas para la gestión educativa. Reconocer que el rendimiento es tanto un indicador externo como una respuesta interna permite a docentes y administradores diseñar estrategias pedagógicas centradas en potenciar no solo los conocimientos adquiridos sino también las capacidades interpretativas y motivacionales de los estudiantes. Promover ambientes de aprendizaje que favorezcan respuestas positivas frente a estímulos educativos puede contribuir significativamente al logro de objetivos formativos más integrales y sostenibles en el tiempo.

Para Heran y Villarroel (2022) “el Rendimiento Académico se define en forma operativa y tácita afirmando que el rendimiento escolar previo es comprendido como el número de veces que el alumno ha repetido uno o más grados” (p. 105). El concepto de

rendimiento escolar previo es visto como el número de veces que un alumno ha repetido uno o más grados, refleja una visión centrada en un indicador cuantitativo y concreto. Este enfoque permite medir el rendimiento pasado del estudiante mediante un dato observable y fácilmente verificable, lo que facilita su utilización en análisis estadísticos y comparativos dentro de contextos educativos. Sin embargo, esta conceptualización también implica ciertas limitaciones, ya que reduce la complejidad del rendimiento a un solo aspecto, dejando de lado otros factores cualitativos y contextuales que influyen en el proceso de aprendizaje.

Considerar la repetición de grados como un indicador del rendimiento escolar previo puede interpretarse como una medida indirecta del éxito o dificultades académicas enfrentadas por el alumno. La repetición suele asociarse con bajos niveles de logro, problemas en la adquisición de conocimientos o habilidades, o incluso con aspectos socioemocionales y motivacionales. Sin embargo, esta relación no es lineal ni exclusiva; existen contextos donde la repetición puede responder a decisiones pedagógicas específicas o a políticas educativas particulares, lo que requiere un análisis contextualizado para comprender su significado real en cada caso.

Por tal motivo, Heran y Villarroel (2022) consideran que utilizar la cantidad de repeticiones como indicador operativo tiene ventajas prácticas: es una variable fácil de recopilar y analizar en registros administrativos o bases de datos escolares. No obstante, también presenta desafíos al limitarse a un aspecto cuantitativo sin considerar las causas subyacentes ni las implicaciones cualitativas del rendimiento. Por ejemplo, un alumno

que repite varias veces puede tener dificultades temporales o circunstancias adversas externas que afectan su desempeño, pero también puede mostrar resiliencia y potencial para mejorar si recibe apoyo adecuado.

Esta definición invita a explorar cómo el rendimiento escolar previo influye en los procesos futuros de aprendizaje y en las expectativas institucionales sobre los estudiantes. La repetición puede convertirse en un factor predictivo de bajo rendimiento futuro si se interpreta como una señal definitiva de fracaso; sin embargo, también puede ser vista como una oportunidad para intervenciones pedagógicas específicas que permitan revertir esa situación. Por ello, es importante complementar este indicador con otras variables cualitativas y contextuales para obtener una comprensión más completa del rendimiento académico.

Asimismo, desde una perspectiva crítica, se debe cuestionar si la reducción del rendimiento escolar previo a la cantidad de repeticiones refleja toda la realidad del proceso educativo. La experiencia académica está influida por múltiples dimensiones que no siempre se reflejan en los registros formales. Por tanto, aunque útil desde un enfoque operacional para ciertos análisis estadísticos o administrativos, esta definición debe complementarse con otros enfoques cualitativos para captar la complejidad del rendimiento académico.

La conceptualización operativa de Heran y Villarroel (2022) resalta la importancia de entender el rendimiento escolar no solo como un resultado final sino también como un proceso dinámico influido por diversos factores internos y externos. La repetición

puede ser vista tanto como una consecuencia de dificultades previas como una oportunidad para implementar estrategias educativas diferenciadas que favorezcan la recuperación académica. Desde una postura investigativa integral, combinar indicadores cuantitativos como las repeticiones con análisis cualitativos permitirá diseñar políticas educativas más efectivas y ajustadas a las necesidades reales de los estudiantes.

Por tal motivo, Villacís et al. (2020) consideran que los estilos de aprendizaje sirvan como un estímulo para profundizar en los aspectos didácticos del proceso educativo refleja la importancia de promover una enseñanza más reflexiva, adaptable y centrada en las necesidades individuales de los estudiantes. La comprensión de los diferentes estilos de aprendizaje permite a los docentes diseñar estrategias pedagógicas diversificadas que respondan a las preferencias y potencialidades de cada alumno. Esto, a su vez, puede contribuir a romper la inercia del no cambio en la enseñanza, fomentando prácticas más innovadoras y efectivas que favorezcan un aprendizaje significativo.

Ante ello, se subraya la necesidad de transformar las metodologías tradicionales en favor de enfoques más flexibles y contextualizados. La incorporación de múltiples opciones didácticas no solo enriquece el proceso de enseñanza-aprendizaje, sino que también promueve la autonomía del estudiante al ofrecerle diferentes vías para acceder y construir conocimientos. La diversificación metodológica puede incluir actividades participativas, análisis reflexivos, aplicaciones prácticas o enfoques teóricos, ajustándose a los estilos preferidos por los alumnos y estimulando su motivación intrínseca.

Desde la postura de Villacís et al. (2020) se busca ampliar el abanico de opciones pedagógicas invita a explorar cómo estas estrategias impactan en el rendimiento académico, la motivación y la satisfacción del estudiante. La implementación de prácticas didácticas variadas requiere además evaluar su efectividad mediante estudios empíricos que consideren variables contextuales y culturales. Asimismo, se abre la oportunidad para investigar cómo la formación docente puede potenciar habilidades para diseñar e integrar estas diversas opciones en sus clases, promoviendo un cambio pedagógico sostenido.

Por otro lado, esta visión también implica un desafío para las instituciones educativas: crear ambientes propicios para la innovación pedagógica y brindar apoyo continuo a los docentes en la adopción de nuevas metodologías. La capacitación en enfoques diferenciados y en el reconocimiento de los estilos de aprendizaje puede facilitar una transformación cultural dentro del aula que favorezca un proceso más inclusivo y efectivo. Además, promover espacios de reflexión y colaboración entre docentes puede enriquecer aún más las prácticas didácticas y consolidar cambios duraderos.

En este contexto, es fundamental entender que el enriquecimiento del proceso educativo con múltiples opciones no solo responde a una necesidad académica sino también social y emocional. Al atender las diversas formas en que los estudiantes aprenden y se motivan, se contribuye a crear entornos educativos más equitativos e inclusivos. En consecuencia, seguir profundizando en estos aspectos didácticos permitirá

avanzar hacia modelos pedagógicos más dinámicos, adaptativos y centrados en el desarrollo integral del estudiante. Se espera que se optimice un aprendizaje cuando se contempla una ruta de trabajo según lo resaltan Soler y Romero (2014)

En la que el estudiante lo toma como una estrategia personal en el momento de afrontar un determinado curso; para lo cual, se hace importante la motivación del estudiante que en muchos de los casos aprende por las diferentes estrategias o enfoques de aprendizajes (p. 19)

La importancia de estructurar procesos educativos que sean flexibles, planificados y adaptados a las necesidades del estudiante. La implementación de rutas de trabajo permite al alumno tener un mapa claro y organizado de sus actividades, metas y recursos, facilitando así un proceso de aprendizaje más autónomo y dirigido. Cuando el estudiante adopta esta estrategia como una herramienta personal para afrontar un curso, se fomenta su responsabilidad, autogestión y capacidad para planificar su propio proceso formativo, aspectos fundamentales para potenciar su rendimiento académico.

Esta idea subraya la relevancia de la motivación en el aprendizaje. La motivación actúa como un motor que impulsa a los estudiantes a involucrarse activamente en las estrategias o enfoques de aprendizaje que emplean. Cuando los alumnos perciben que tienen control sobre su proceso mediante rutas de trabajo bien diseñadas, es más probable que experimenten mayor interés, compromiso y persistencia ante las tareas académicas. Además, la motivación intrínseca se ve fortalecida cuando los estudiantes sienten que sus estrategias personales son efectivas y relevantes para alcanzar sus objetivos.

Este planteamiento invita a explorar cómo diferentes estrategias o enfoques de aprendizaje influyen en la motivación y en la percepción del control del estudiante sobre su proceso educativo. Es importante analizar qué tipos de rutas de trabajo resultan más efectivas según las características individuales y contextuales, así como identificar cuáles son los factores que potencian la motivación en estos escenarios. La investigación puede también centrarse en cómo los docentes pueden facilitar o guiar a los estudiantes en la construcción de estas rutas personalizadas para maximizar su autonomía y éxito académico.

En este contexto, se busca promover rutas de trabajo personalizadas requiere que los docentes diseñen actividades flexibles y variadas que permitan a cada alumno seleccionar enfoques acordes con sus estilos y preferencias. Esto implica ofrecer opciones pedagógicas que respondan a diferentes formas de aprender y fomentar habilidades metacognitivas para que los estudiantes puedan evaluar y ajustar sus estrategias según sea necesario. La motivación se convierte así en un elemento clave para que los alumnos se sientan empoderados y comprometidos con su propio proceso de aprendizaje.

Finalmente, es fundamental reconocer que la combinación entre rutas de trabajo estructuradas y estrategias motivacionales puede generar un efecto sinérgico en el rendimiento académico. La planificación consciente del proceso educativo debe ir acompañada del estímulo a la autonomía del estudiante mediante el uso de diversas estrategias de aprendizaje. Esto no solo favorece un aprendizaje más efectivo sino

también contribuye al desarrollo de habilidades metacognitivas esenciales para el aprendizaje permanente y adaptativo en contextos cambiantes.

REFERENCIAS

- Cobb, P. (2018). Constructivism and learning. En T. Husen y T. N. Postlethwaite (Eds.), *International Encyclopedia of Education*. Pergamon.
- Esteves, Z., Chenet, M. E., Pibaque, M. S., y Chávez, M. L. (2020). Estilos de aprendizaje para la superdotación en el talento humano de estudiantes universitarios. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, XXVI (2), 225-235. <https://doi.org/10.31876/rcs.v26i2.32436>.
- Heran y Villarroel (2022). Evaluando y Fomentando el Desarrollo Cognitivo y el Aprendizaje Complejo. *Psicología desde el Caribe*.
- Honey, P. y Mumford, A. (2012). *the manual of learning styles*. Peter Honey Publications.
- Keefe, J. (2008). *Aprendiendo perfiles de aprendizaje: Manual del examinador*. Asociación Nacional de Principal de Escuela de Secundaria.
- Pérez, P. (2000) *Psicología educativa*. Universidad de Piura.
- Pizarro (2017). Rendimiento académico y variables modificables en alumnos de 2do medio de liceos municipales de la Comuna de Santiago. *Revista de Psicología Educativa*.
- Soler, M. G., y Romero, L. A. (2014). Análisis de los enfoques de aprendizaje en estudiantes de jornada nocturna en relación con actividades lúdicas y recreativas basadas en el juego. *Lúdica Pedagógica*, 1(19), 101-109, <https://doi.org/10.17227/01214128.19ludica101.109>
- Villacís, L. M., Loján, B. H., De la Rosa, A. S., y Caicedo, E. A. (2020). Estilos de aprendizajes en estudiantes de la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí, Ecuador. *Revista de Ciencias Sociales (Ve)*, XXVI(E-2), 289-300. <https://doi.org/10.31876/rcs.v26i0.34128>